

La campaña contra el narco

Gabriel Guerra

Nadie puede dudar de la valentía del presidente Calderón al haber decidido, apenas comenzada su presidencia, enfrentar al mayor mal que puede infectar a una nación: el del crimen organizado.

Grave de por sí, esa enfermedad se agrava desproporcionadamente cuando hay de por medio sumas estratosféricas de dinero, productos como diamantes y armas, cuyo comercio ha asolado al continente africano, o drogas, con el efecto pernicioso y de todos conocido que han tenido en nuestro continente y ahora en nuestro país.

La guerra que proclamó Felipe Calderón ha sido y seguirá siendo por necesidad costosa, dolorosa, difícil de ganar. Los muertos se acumulan sin importar su bando o filiación, y aunque la mayoría hayan estado involucrados con organizaciones criminales, lo cierto es que la ubicuidad y la frecuencia de los macabros hallazgos tienen a la sociedad mexicana sumida en la zozobra, presa de la psicosis.

La decisión era ineludible. Durante demasiado tiempo sucesivos gobiernos habían cerrado la vista —por miopía, incapacidad o complicidad— ante un problema cuyas dimensiones y complejidad crecían día con día. No es un asunto de partidos ni mucho menos de ideologías: los primeros que no vieron el tamaño y el riesgo del asunto fueron los que creyeron que la verdadera amenaza a la seguridad nacional venía de la guerrilla y de los comunistas. Puestos a escoger optaron por combatir subversivos y por ignorar y hasta tolerar a los pequeños e incipientes traficantes. Al fin —se decía— que esas drogas van para los gringos...

Ésa explicación bastó para que se siguiera minimizando, postergando, justificando. De vez en vez, como cuando cayó muerto un agente de la DEA en México y dio inicio una agresiva campaña mediática en EU denunciando las redes de complicidad de éste lado, se tomaba un poco más en serio el asunto, pero siempre con el pretexto de marras: sólo somos país de tránsito, trampolín de la enorme alberca de consumo que es EU. Y la pregunta inevitable: ¿por qué nosotros deberíamos de hacer algo cuando los consumidores están allá?

Habrà quien piense sinceramente que todo esto fue culpa exclusiva de los gobiernos pristas, pero tampoco se vieron grandes cambios con la llegada del PAN al poder en el 2000: por el contrario, el problema siguió creciendo y creciendo hasta que por fin se decidió hacer algo en serio a finales del 2006.

Hay suspicaces que adivinan en la determinación del entonces recién ungido presidente Calderón un afán legitimador tras los cuestionados resultados electorales, pero yo me inclino por pensar que esta guerra inició por las buenas razones, por interés de Estado.

Muchos creen que hubo errores de origen en la estrategia y las tácticas y no comparten la manera en que se arrancó ni la militarización como fórmula para suplir a las notoriamente ineficientes y corruptas policías. Están también los que advierten de los riesgos de una operación militar de incierto desenlace y elevados costos que trascienden lo económico y afectan las fibras más sensibles de la sociedad, del estado de derecho y las libertades individuales.

Hay otros más que opinan que la solución está en la legalización de las drogas, como si una decisión así pudiese darse en el vacío, como si México viviera en el aislamiento, que es lo que nos sucedería de tomar una vía que sólo deja de ser descabellada si la adoptan las principales naciones consumidoras.

Pueden estar equivocadas, pero no son las voces ni de traidores ni de aliados del narcotráfico. Son las de mexicanos que observan con preocupación lo que sucede en su país. No hay, incluso entre las discordantes, una sola que le regatee al Presidente el valor y la enjundia de hacer lo que ninguno antes que él se animó, al menos no en la misma dimensión.

Es por ello que me preocupa ver cómo se pretende hacer de la guerra contra el narcotráfico un asunto de campaña política, una herramienta propagandística, un discurso maniqueo con fines electoreros. La guerra de los partidos nada tiene que ver con la guerra contra el crimen organizado. La primera es de mercaderes, en la segunda nos va literalmente el país de por medio.

Quienes se han rebajado a utilizarla como herramienta de campaña abaratan a la política, menosprecian a los ciudadanos, insultan a los mexicanos que están pagando con sangre, con temor, con incertidumbre, los costos de ésta guerra que siendo justa corre el riesgo de trivializarse.

Los estrategas del PAN piensan que ayudan al Presidente y a su partido. Sólo así podemos subir en las encuestas, dicen, pero olvidan que con ésas maniobras ofenden a un Presidente que se ha puesto en riesgo personal, a los muchísimos hombres y mujeres de bien caídos en la batalla y a los millones de mexicanos que todavía creemos que hay cosas por las que vale la pena luchar.

gguerra@gcya.net

www.gabrielguerracastellanos.com

